

SIN TI, CONMIGO... QUÉ REMEDIO

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo podrá ser realizada con la autorización de las autoras y los autores.

© De la presente edición: Editorial Talón de Aquiles. S.L.  
talondeaquiles.es – hola@talondeaquiles.es

© Textos: Jesús Villegas Alcázar, 2025

ISBN: 978-84-xxxxx-xx-x  
Depósito legal: V-xxxx-2024  
Impreso en la Unión Europea

Sin ti, conmigo...  
qué remedio

*Jesús Villegas Alcázar*





*A mi familia... siempre mi hogar y refugio.*

*A todas y cada una de las personas que han inspirado este libro,  
muy afortunado.*

*A ti... inexplicable, inefable, real.  
La perfecta autora de una primera persona del plural.*



## ÍNDICE

Capítulo 1.....	13
Capítulo 2.....	18
Capítulo 3.....	22
Capítulo 4.....	26
Capítulo 5.....	32
Capítulo 6.....	38
Capítulo 7.....	45
Capítulo 8.....	50
Capítulo 9.....	59
Capítulo 10.....	65
Capítulo 11.....	72
Capítulo 12.....	78
Capítulo 13.....	86
Capítulo 14.....	89
Capítulo 15.....	94
Capítulo 16.....	99
Capítulo 17.....	104
Capítulo 18.....	110
Capítulo 19.....	118
Capítulo 20.....	123
Capítulo 21.....	127

Capítulo 22.....	132
Capítulo 23.....	137
Capítulo 24.....	142
Capítulo 25.....	149
Capítulo 26.....	154
Capítulo 27.....	163
Capítulo 28.....	167
Capítulo 29.....	172
Capítulo 30.....	175
Capítulo 31.....	183
Capítulo 32.....	188
Capítulo 33.....	193
Capítulo 34.....	201
Capítulo 35.....	210
Capítulo 36.....	214
Epílogo.....	222



## CAPÍTULO I

Joder, llevo un pedo de colores y me pienso comer todas las flores. Ni siquiera sé de qué color llevo pintadas las uñas. ¿Y el color de mi ropa interior? Un momento, ¿llevo ropa interior? Lo siento, soy ese tipo de chica que maltrata su mente con preguntas continuamente, incluso borracha y con su novio intentando hacerle el amor. Ah, vale, sí, eso que ahora intenta quitarme Ángel con sus dos manos es mi sujetador (por cierto, rosa palo, hoy es sábado). La verdad es que mi chico nunca ha sido muy «manitas» en esto del noble arte de descifrar la apertura compleja de dos o tres hebillas que tiene un sujetador estándar. La mayoría de los hombres, desde mi punto de vista, creen que hacemos un pacto con el mismísimo David Copperfield en esas monísimas y sensuales tiendas de lencería fina al comprarnos el sostén. Yo simplemente pienso que, en ese momento, a algunos ya no les llega sangre al cerebro, pero claro, es mi humilde e ignorante opinión de chica de veintiséis.

En esta ocasión, ni siquiera llegamos a la habitación, ya en el portal de mi edificio nos comíamos a besos cuan vaca devora su resopón de hierba fresca; un lengüetazo por aquí, otro tuyo por acá, ¡y perdón, mis dientes! Pero sinceramente, tú, en ese momento, en ese estado de embriaguez, lo vives como si estuvieras rodando la película porno más erótica de la historia. Otra cosa es cómo te verían los demás; lo bueno es que a las cuatro de la mañana tus vecinos duermen (en el mejor y más aburrido de los casos) y, por ende, todo despejado, si no, creedme, hubieran cursado pase VIP

al servicio de psiquiatría más próximo si nos llegan a ver. Luego, en el ascensor, me empujé —literalmente— de frente contra el espejo (ya verás tú qué chichón mañana), pero me dio igual, por mis venas corría el mejor anestésico posible. Seguíamos besándonos en modo vacuno y, a la vez, dando palos de ciego hasta la puerta de mi apartamento. Lucía muy sensual esa noche, me puse un vestido negro entallado hasta la cintura con un escote en barco de esos que dicen «sabes que vas a mirar», terminando con falda al vuelo, todo ello aderezado de medias negras y unas medio deportivas también negras. La verdad es que no soy una *top model*, ni me hace falta, me considero una chica «del montón», de metro sesenta y seis, más bien blanquita, ojos color miel verde, nariz respingona y una boca tirando a pequeña. Con labios pequeños. Delgadita o, más bien, escuálida en la parte norte de mi anatomía para terminar, como por arte de magia, en un sur lleno de curvas alojadas en mi trasero. Abundantes. Aunque la verdad es que a Ángel le fascina conducir por esas curvas, ya me entiendes. Como decía, una chica del montón, pero que sabe explotar sus humildes y contados puntos fuertes. Una vez pasada la odisea de abrir la dichosa puerta, me volvió a empujar contra la pared del pasillo, esta vez solo fue mi culo quien notó el golpe. Este fue el momento en el que el sexo, alcohol y nosotros fuimos uno, él se centró en besarme salvajemente dulce el cuello, mientras me desvestía de un golpe la parte de arriba de mi vestido. Yo miraba al techo y pude comprobar que, efectivamente, mi lámpara me decía «hola» a su manera. Tras unos minutos de temblor sexual, consiguió desabrocharme, en el más amplio sentido de la palabra, y, además, el sujetador rosa palo que me compré por la mañana en mi Copperfield Store habitual, mi colgante de hilo negro con una lágrima de color plata y, cómo no, mi ardiente y en ocasiones cómico deseo sexual. Sonreí a mi lámpara mientras quitaba torpemente los botones de la camisa azul de mi chico, él no dejaba de besarme mis bonitas y juguetonas 85 copa B. Ángel tampoco es un adonis, no es un *croissant* sacado de las vitrinas de algún gimnasio, no me gustan ese tipo de chicos. El mío era más bien blandito, sin tabletas, aunque sin curvas de

felicidad cervecera. Eso sí, era realmente guapo o, por lo menos, a mí me lo parecía (opinión discutible por mis arpías... perdón, amigas), moreno, ojos verdes y unos labios sensualmente trazados por el mejor escultor del siglo XVII.

Poco a poco, la ropa se fue amontonando en el pasillo, mi vestido, su camisa..., mi noción del tiempo; comencé a besar su torso desnudo, de norte a sur, craneocaudalmente, convencida de dónde iban a terminar mis borrachos besos. De rodillas frente a él, solo suplicaba que su pantalón vaquero negro no fuera de botones. Diseciono y ¡mierda!, esta no es mi noche. Uno, dos, venga, que lo consigo... tres. ¿Bajará ya? ¿Alguien dijo cuatro? Lentamente, posé mis finos dedos sobre la cintura del pantalón, mientras le volvía a besar su ombligo, poco a poco, desvistiendo. Conseguí bajárselos hasta las rodillas, él no paraba de gemir, eran como gemidos de entre desesperación, excitación y alcoholemia. Ante mí, su bóxer negro. En este momento, contenta conmigo misma por haber llegado a los cuatro botones esta vez, me permití la licencia de pararme a leer la marca de los calzoncillos de mi excitado novio. No me preguntéis por qué lo hice, no sé si fue el alcohol, el calentón, yo, que soy así de observadora-tonta, o el momento «I have the power»..., pero el caso es que mi ¿segunda? misión de esa noche se concentró en leer la putita marca de los calzoncillos. Tras unos intentos, lo descifré. Rocho. ¿Rocho? Rocho. ¿Y ya está? Rocho. ¿Y qué significa Rocho? Rocho. Se me quedó grabada la dichosa palabrita. Empecé otra vez a darle por saco a mi mente. Me imaginé qué sería Rocho. Un comandante portugués, el nombre del perro del comandante portugués, la colina más alta de los Andes, una expresión de sexo desenfrenado en ruso, una onomatopeya sexual árabe..., en fin. Me tiré un buen puñado de segundos divagando sobre el misterio Rocho para terminar en una conclusión sin objeciones: Rocho, entran dos y salen ocho. Exacto, eso que acabas de hacer, hice yo, solté una carcajada en pleno frenesí sexual.

Me cortó el royo el señor Rocho, lo siento, lo que se supone que iba a ser una fiesta erótico-festiva en mi boca, se quedó en una

carcajada. Mientras reía, Ángel me plantó sus manos sobre mis axilas (se desesperó el pobre hombre... cito), me devolvió hacia arriba, como cuando coges a un bebé indefenso. Tuve un fugaz viaje a mi niñez, pero en esta ocasión, el viaje había sido con demasiado movimiento para mis miligramos de alcohol en vena. Volví a mirar a mi lámpara mientras él se afanaba en mi cuello, en esta ocasión parecía reírse de mí la muy zorra, o de los calzoncillos Rocho, no lo sé. A partir de este momento, todo pasó para mí demasiado rápido (espero que lo pillés), lo que agradecí enormemente. Yo era una especie de marioneta sexual que simplemente se dejó llevar, vale, lo reconozco, me pasé empinando el codo esa noche, pero es que la semana fue realmente dura. Se me disculpe. Además, hacer la estrellita de mar de vez en cuando es bien.

A la mañana siguiente, experimenté aquello que todo hijo de vecino ha sentido alguna vez. Una monumental resaca. Cuando mi ser volvió a ser yo, logré descifrar que eran las doce del mediodía. Exhalé. Miré al techo. Me quité el pelo de mis ojos con mi mano derecha. Constaté que estaba echada hacia mi lado izquierdo y desnuda. Luego me di cuenta de que mi pie derecho estaba destapado. Seguí escudriñando cada centímetro de mi habitación; todo parecía en desorden habitual. Descubrí que podía moverme y busqué con mi brazo y mano derecha a Ángel. Fui la típica imagen de película romántica al día siguiente. Di tres ciegas palmaditas sobre el colchón donde se supone que debía estar mi chico para después volver mi mirada. En efecto, estaba sola en la cama.

—¡¡¡Ángel!!! ¡¡¡Tráeme el desayuno!!! ¡¡¡Una ayudita!!! —grité con mi sexi voz de camionera recién despertada—. ¡Buf! Qué dolor de cabeza...

Nadie contestó. Volví a mirar al techo. Reuní las energías suficientes para levantarme y ponerme aparatosamente mi pijama largo rosa con flor blanca en el centro que casualmente andaba por ahí. Pis matutino protocolario. Salón. Cocina. Terraza. Nadie. Todo vacío. ¿Habrá bajado a comprarme el desayuno? Esa esplén-

dida pregunta rápidamente tuvo su respuesta: tu chico no es así, princesa. Cierto. El siguiente paso fue acercarme hasta mi pasillo de entrada. Menuda batalla, qué desorden, ni los probadores del Copperfield Store en rebajas. Pero, un momento, solo estaba mi ropa, la de Ángel no. Definitivamente, se había ido bien temprano. Me abalancé sobre mi bolso barato negro con cremallera dorada en busca de mi maltrecho móvil, y allí, en esa dactilar, fría, cruel, insulsa y dura pantallita se encontraba la respuesta a la enigmática marcha apresurada de mi novio en forma de un entrañable wasap.

### **Mi Angelito**

*Dani, esto no puede ser. No puedo seguir contigo. No puedo engañarme más. Perdona por no despertarte para decírtelo, pero no me atreví. Espero que lo entiendas. No intentes hablar conmigo, es lo mejor para todos. Cuidate. Lo siento.*

Qué gran putada, pensé.

## CAPÍTULO 2

25 llamadas perdidas, 10 mensajes directos en Twitter, 14 en Facebook y 563 wasaps (putos grupos) vomitó mi móvil tras dos días de retiro analgésico. Lo borré todo. Efectivamente, lo de Ángel me había dejado totalmente fuera de cobertura.

En los dos días posteriores no quise saber nada de mi alrededor. Sin control de calidad maternofilial, sin dar la lata y espiar por el mundo virtual, sin comprar el pan nuestro de cada día, sin leer páginas de aquel libro de misterio (los adoro), sin tomarme el *capuccino* con nata y canela de las ocho en la cafetería de Sara antes del trabajo, sin mis pacientes, sin mis amigas, sin pasar por la ducha... Eso sí, yo, con mi moño pseudoalicatado con la cinta de los chinos y chándal gris a juego, acabé con las existencias de helado de dulce de leche y regaliz de las tiendas de alrededor, además de batir récord de alquiler de películas rosas con final perdiz. Lo reconozco, con cada una de ellas, miraba a mi puerta y, mientras mordía cariñosamente mi trocito de regaliz de fresa, deseaba que sonase el timbre. Y que fuese él. Ese sería mi final perdiz.

Después de cuatro años, seis meses y veintiséis días (también me entretuve en calcular esto), todo se acabó en cinco líneas, cuarenta y una palabras y doscientos un caracteres. Y no importa que manchase la pantallita con mis lágrimas mientras lo llamaba o escribía, esos crueles caracteres seguían ahí. Y no se iban a mover, como tampoco Ángel de mi memoria, en cada minuto.

Nos conocimos en la universidad, él también es fisioterapeuta como yo. Estábamos en segundo, plagados de cargantes seminarios vespertinos y, en una de esas tardes, pasó. Una de las virtudes de nuestra carrera es que en esas clases podías quedarte en ropa interior y pasar casi desapercibida, total, todos lo estábamos. Otra de las virtudes era que, por mucho que mirases, siempre podrías alegar fines anatómicos didácticos. ¡Ah, sí! Y otra de esas grandes virtudes, es que podías tocar, mirar y tocar. ¿Tengo dudas? Pues vuelvo a tocar. Como decía, esa tarde el profesor tuvo a bien ponernos como pareja de prácticas, así que, ejercicio que él mandaba, ejercicio que debíamos reproducir el uno en el otro. Mis manos recorrían su trapecio, el dorsal, la columna vertebral, deltoides... Luego, su turno. Lo siguiente que recuerdo es tener una de esas noches que todo universitario practica. Un estudio en profundidad de la anatomía del prójimo. Perdón, una noche de sexo, quería decir.

En efecto, el inicio de nuestra historia para nada era como el de esas películas rosas que devoré en esos dos días. Ni de lejos se pareció. Más bien, fue como empezar por el postre, que, según los buenos entendidos culinarios, marca la diferencia de un buen menú (definitivamente, las toneladas de dulce de leche me trastornaron). Después nos hicimos inseparables, ya que además de compartir fluidos, compartíamos horas de estudio, comidas, cenas, desayunos, noches de fiesta, horas de clase, resacas, síndromes depresivos por suspensos a la par que manías persecutorias por aprobados, sonrisas, miradas de complicidad, locuras, caricias, más sonrisas, más locuras, más caricias y más nosotros. Recuerdo una de esas locuras, era un mes de abril. Ambos nos criamos a la orilla del mar y, lamentablemente, la ciudad donde estudiamos era de interior, así que anhelábamos con fuerza sentir la brisa, las olas... En una noche de esas de exaltación del aprobado, bailando hasta que cada una de nuestras articulaciones se fue de vacaciones, tiramos de nuestra particular espontaneidad. Volviendo a casa, él me propuso escapar y ver amanecer en la playa más próxima, abrazados. Condujo casi

dos horas hasta el azul más próximo, tragándose su cansancio solo por el fin. Al llegar, no quitamos la vista del horizonte, el sol despertando y la luna yéndose a dormir embriagada por el olor a sal. Nos topamos con un castillo infantil exveraniego y nos recostamos sobre una de sus «casitas», yo me apoyé en su pecho y él me tenía abrazada. Rodeada de sus brazos, de sus latidos, de columpios infantiles con colores vivos para los críos, de esos típicos donde de peques nos imaginábamos que conquistaríamos el mundo. En ese amanecer, sin embargo, fui yo la conquistada.

Luego, el menú fue normalizándose, pero yo ya había reservado mesa para dos. Todos los días. Y me encantaba.

Después de recordar, otra vez volví a tener lágrimas en los ojos. Agaché la mirada. Volví a mirar el móvil. La puerta. Nuestra foto de la balda de encima de la televisión. Ahora fabriqué una leve sonrisa de lágrimas. Efectivamente, estaba en esa maldita fase «post», sensible, de porcelana, como una especie de doña Quijota con triste figura, huérfana de cariño y tremendamente pseudodespechada. Con mil porqués intentando encontrar un motivo, remendando todas las posibles cosas que quizás hice mal. Me dediqué a autoconvencerme de que volvería, de que él y yo estábamos hechos el uno para el otro. ¿Sabéis qué? Hasta me pateé decenas de esas *cutriwebs* que te dicen la compatibilidad entre signos del zodiaco. Todas y cada una de esas *cutriwebs* pronosticaron un cien por cien de compatibilidad. Como si mi alma adolescente hubiese despertado de nuevo, corrí hacia el móvil por trigésima vez, desesperada por derramar letras; sabes de qué te hablo, de esos mensajes interminables que redactas como si fueran tu alegato final, fragmentos del epílogo de un juicio que no tiene juez, pero sí lágrimas. En cada palabra un suspiro melancólico; en cada suspiro, un anhelo que duele tanto como late. Sin límite de caracteres, como si el único protocolo fuera vaciarte por completo. Lo peor es que pude comprobar que ninguno de ellos llegó a su destinatario. Ninguno de ellos tuvo el putito doble *check*. ¿Me había bloqueado? Me rendí.



Agotada, me quedé dormida en el sillón. Llorar debería ser deporte olímpico. Opté por emigrar a la cama (dos días deshecha), descansaría mejor, cuasi pensé. Al llegar a mi cama, me entró la eterna duda de la madrugada, la hora. Pude dilucidar en la pantalla de mi móvil que eran las dos y diez. También pude dilucidar que tenía otro *was*.

### **Priscilica**

*Sé que algo te pasa, pequeña loca, no es normal tu ausencia en nuestro grupo de arpiás. Sea lo que sea, solo te diré una cosa: los amigos son como las estrellas, no siempre los ves, pero siempre están ahí. Te quiero.*

Priscila, una de mis mejores amigas, acabó de descorchar mi champán de lágrimas.